

Homenaje a Felipe Garrido

El fabulador y los relámpagos

Rosa Beltrán

Todo empezó en una librería: un padre deja a su hijo elegir dos, tres libros. La fascinación del niño se vuelve con el tiempo en la doble vertiente vital del Felipe Garrido adulto: por un lado, está el pensador que desmenuza los asuntos de la promoción de la lectura y busca impulsarla como funcionario y editor; por otro, está el fabulador imprevisible, el autor de La musa y el garabato.

Una de las más antiguas y excitantes experiencias para Felipe Garrido era el momento en que su padre lo llevaba de la mano a la librería. Estando ahí, lo dejaba para que eligiera dos, tres libros a su gusto, libros que llevaría consigo para que lo acompañaran en esa emocionante y ardua tarea que es aprender a vivir. Nunca, nada de lo experimentado le entusiasmó tanto o le dejó una emoción tan vívida como lo que leía. Dice Felipe:

Por un amplio espacio de tiempo, que jamás supe medir en horas o en minutos, yo quedaba en libertad en un hipogeo encantado donde mis únicos vecinos eran los libros. Había, pues, que tomarlos en un arrebato de orgía, y había que hojearlos y acucillarse en el piso, oculto tras algún murete formado por otros libros, y leerlos en desorden, tres a la vez, cinco en cada mano, y si alguno probaba ser de veras cautivante había que sentarse en él para que no fuera a extraviarse, para no perderle la pista, para que no fuera a disimularse entre otros que se le parecían pero que no eran el elegido. Y un rato más tarde, cuando mi padre se presentaba de nuevo, era hora de tomar entre los bra-

zos los que había seleccionado y someterlos al escrutinio de su mirada que discernía tres o cuatro que, más que su voluntad, tal vez su bolsillo, señalaba como los que podía llevarme a casa. Entre las muchas cosas que debo agradecerle a mi padre, esos espacios de libertad en el sótano de la Librería de Cristal, la primera, la que verdaderamente era de cristal, en la cabecera oriente de la Alameda, es una de las que recuerdo más desde el fondo de mi más profunda esencia. Muchas veces, después, en todos los años que han seguido, ese recuerdo más de la sangre y de los huesos que de la memoria, ha vuelto a mi conciencia y a mis afectos. Todo niño debería tener esa oportunidad de sentirse libre en un universo de libros. Todo niño debería ser así abandonado a su voluntad entre un exceso de oportunidades para elegir.

En sus muchos, muchísimos libros sobre el arte de leer (él le llama promoción de la lectura), Felipe nos recuerda que la infancia, entre otras cosas, es una invención. Nace con la Revolución Industrial, esa que también explota a los niños o los lanza a la calle y los convierte en

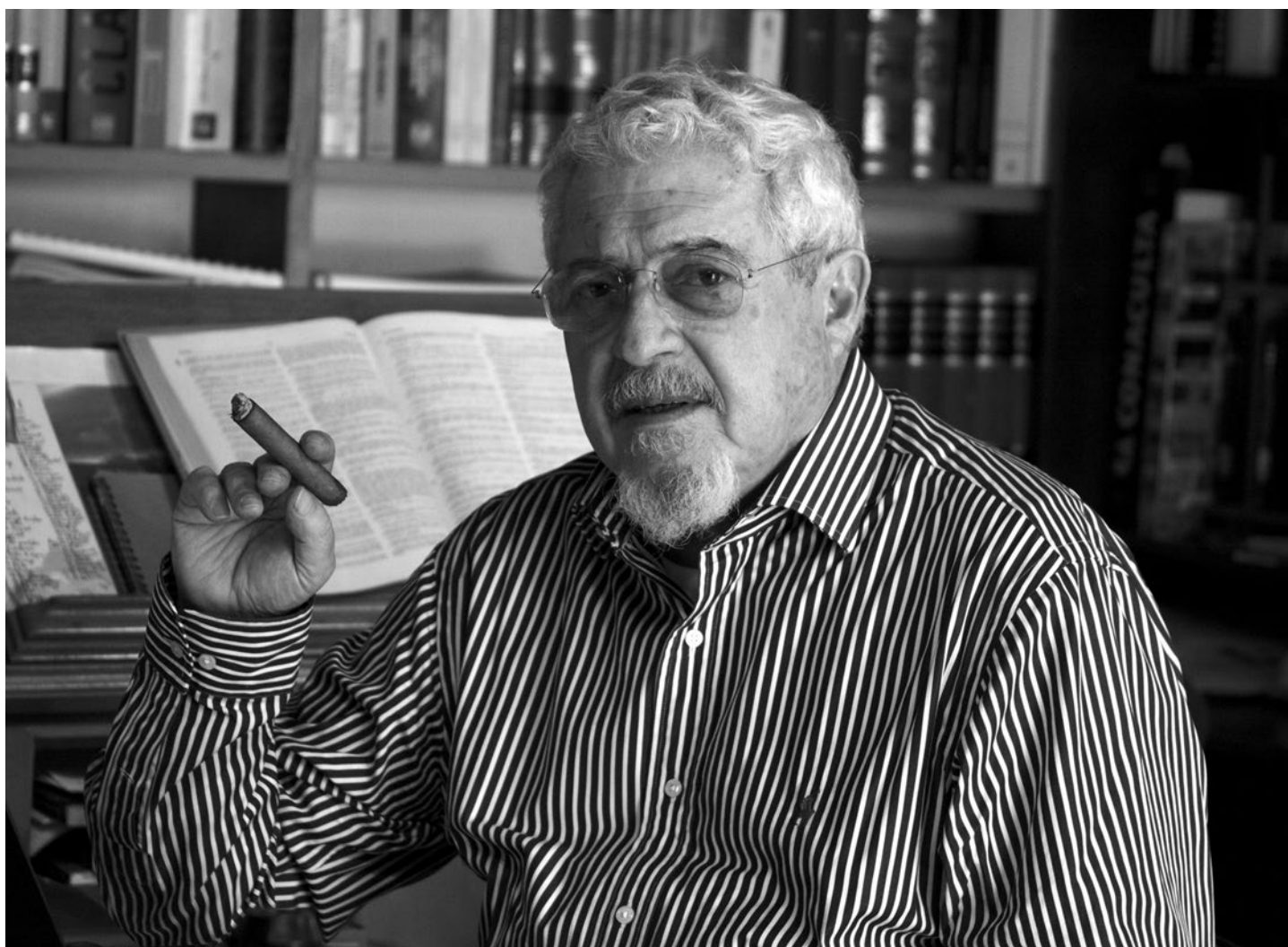
delincuentes, como vemos en la obra de Dickens, pero que de igual modo los registra en revistas y tratados y hace capítulos con ellos y cuando pertenecen a las clases altas los considera materia moldeable a través de la literatura. En nuestro país, gracias a la escolaridad y al afán educativo de varios de nuestros liberales prominentes, entre ellos José Joaquín Fernández de Lizardi, los niños se vuelven receptores de ese gran tesoro que es la lectura.

Los muy eruditos y, sobre todo, muy disfrutables estudios de Felipe Garrido registran a los niños que son registrados como lectores desde que se escribe sobre ellos en Occidente, algunos de los cuales aparecen ya en el siglo XVIII. Felipe cuenta a los niños que cuentan con un aya o una institutriz o un preceptor encargados de leerles y por tanto de descubrirles el mundo. En el siglo XIX existe ya el registro de un claro interés de “formar los sentimientos y esclarecer el espíritu” a través de la lectura en voz alta. Narraciones breves, lecturas de fragmentos de los clásicos, resúmenes de la historia sagrada, de la fábula, de libros de viajes o de historia. Todo esto formaba a los niños que sin embargo no recibían estas lecturas del modo ideal porque la intención primera de los preceptores era hacer de la literatura un instrumento moralizante. “La experiencia nos ofrece unas cuantas lecciones”, dice Garrido. “Que la puerilidad y el tono

moralizante no son los mejores recursos para ganar el interés infantil. Que el fondo irracional, intuitivo, imaginativo que subyace en los mitos, los juegos tradicionales, las coplas populares, ejerce invariablemente su fascinación”.

Felipe ha defendido siempre la idea de que la primera cualidad de la literatura debe ser la fascinación. Que debemos leer por placer. Por eso es que la lectura de sus cuentos y minificciones, de sus “prosas” como a veces las llama, deja la impresión de un descubrimiento, de una revelación. No en balde titula *Relámpagos* a los cuentos antologados en el reciente disco editado por Voz Viva, donde su tono, al leer estas historias, refleja la intención de los narradores orales de encantar a su auditorio y hacerle creer que la historia se dirige hacia un rumbo antes de dar un giro de 360 grados y obligarnos a desembocar en otro universo, en otro sistema. “Yo siento que el principal enemigo de un cuento corto es lo que yo llamo la ocurrencia”, dice Felipe. “Un cuento necesita tener personajes y tener conflicto. Un pensamiento sorpresivo, un pensamiento deslumbrante, es otra cosa: puede ser un aforismo, puede ser una simple ocurrencia, no necesariamente es un cuento corto”.

Muchas veces se ha dicho que los cuentos de Felipe Garrido tienen personajes vivos “en carne y espíritu” que



Felipe Garrido

© Javier Narváez

podemos ser nosotros mismos. Porque lo que él retrata tiene que ver con distintos momentos de la existencia, con experiencias cotidianas pero lo suficientemente poderosas como para habernos marcado y volverse un emblema. Sus cuentos están poblados de infancia, de nuestra infancia, con sus miedos, sus profesores, sus misterios, sus pequeñas rocas en que asirnos aunque sea momentáneamente. Para muestra, quiero leerles el cuento titulado “Buenas noches”:

Mamá me sacude el copete, me besa los ojos, me arropa hasta el cuello, me frota hasta que la cama hierve con el calor de sus manos. Mamá se sienta a mi lado, se enreda mis cabellos en los dedos, canta bajito sin abrir la boca, perfuma el cuarto con su olor.

—No te vayas —le dije con los dientes apretados, por dentro, sin palabras.

Mamá se levanta poquito a poco. No hace ruido. Revisa la ventana. Cierra bien las cortinas. Acomoda encima de la cajonera las cosas de la escuela. Recoge la ropa. Se detiene en la puerta. Antes de salir, apaga la luz.

Yo aprieto los ojos, contengo el aliento, me esfuerzo para no dormir. Porque entonces, de muy adentro, de algún lugar remoto que me pertenece, sin que yo pueda impedirlo, sin que pueda defenderme, sin que pueda ahuyentarlos, como todas las noches, presurosos, oscuros, jadeantes, incansables, implacables, con los colmillos descubiertos, vendrán los lobos en tropel.

¿Quién no sintió esto alguna vez, alguna noche? ¿Y cuántas veces hoy a nuestros años no sentimos que esos incansables, implacables lobos de colmillos descubiertos siguen pugnando por venir en la noche, por más que ya no les llamemos lobos y por más que ya no esté nuestra madre para pedirle que no se vaya, que no se vaya nunca?

A Felipe lo conocí a través de “La musa y el garabato”, como se llamaba su columna en uno de los mejores suplementos literarios que ha tenido nuestro país: “sábado”, de *unomásuno*, que dirigía Huberto Batis, mi profesor en la Facultad de Filosofía y Letras. Batis era implacable con sus alumnos y sus autores. Exigía una calidad a la altura de su nivel lector, que era superlativo, y publicar con él podía consagrarte y a la vez destruir tu autoestima. Te ibas a casa discutiendo cómo mejorar tu entrega anterior que, pensabas, era entre regular y malísima. Cuando ya habías concluido que habría sido mejor no comprometerte a publicar nunca, un buen día, Batis te decía que tu columna era extraordinaria, que la disfrutaba muchísimo, que eras magnífico escritor. Había leído tus entregas, una por una. Las conocía y las comentaba. Todo esto me consta porque Huberto me invitó a publicar por primera vez y por él conocí el rigor y el gozo del periodismo. Y por eso imagino las

horas intensas que Felipe debió de vivir en aquella oficina de las calles de Holbein, donde se publicaba a los autores que valía la pena leer y seguir. Pienso sin saberlo de cierto que fueron ese vínculo y el que hizo con sus lectores los que motivaron a que más tarde continuara publicando su columna “Mentiras transparentes” en “La Jornada Semanal”. Y me alegro de que el resultado de esa aventura fuera la publicación de *Garabatos en el agua* (Grijalbo, 1985) y *La musa y el garabato* (FCE, 1992). Más tarde publicaría otras colecciones de cuentos como *La primera enseñanza* (Aldus, 2002) y *Conjurios* (Jus, 2011) que le valió el Premio Xavier Villaurrutia.

Felipe ha trabajado en Radio UNAM, Radio Educación, Literatura de la UNAM, Literatura del INBA, el FCE, hizo los inolvidables Rincones de Lectura en la SEP, trabajó en Conaculta y ha sido traductor y editor. Y qué decir de los años en que ha impartido clases en el CEPE, enseñando español y literatura y cultura mexicanas. Es imposible pero emocionante imaginar la cantidad de lectores reales que ha formado en todos esos años. Se trata de un número y unos destinos que ni tú conoces, Felipe. Todos ellos, qué extraño, son fruto de aquella visita a la librería a la que te llevaba tu padre, una visita que en cierta forma fue una declaración de amor. Mágica y enigmática, como toda declaración amorosa, de la que conocemos su manifestación pero no sus consecuencias.

Como dice Oscar Wilde: “El misterio del amor es mayor que el misterio de la muerte”.

Entre sus muchísimos cuentos, Felipe tiene uno que me parece una descripción perfecta de la naturaleza enigmática del amor, esta vez del amor-pasión. Déjenme que se los lea. Se llama “Nocturno”.

—Hace tanto tiempo —me dijo al oído, jadeante todavía, y se acodó a mi lado, desnuda como el viento. Sombras sobre sombras; una línea de luz en las caderas. Sus ojos brillaban en secreto. Comencé a besarle las axilas; bajé a mordiscos por el perfil de luna; me detuve en las corvas; la escuché suspirar.

—Sígueme soñando —le supliqué—. No vayas a despertar.

Por los incontables alumnos que gracias a ti han podido contagiarse del espíritu ambiguo, siniestro, metafórico que esconde la lectura —que es otra forma de decir: la vida—, me uno al homenaje que te organiza este Centro de Enseñanza para Extranjeros. No es extraño que sea aquí donde se te celebre. Porque extranjeros, en cierta forma, somos todos, hasta que encontramos nuestro lugar de pertenencia y nuestra verdadera patria a través de la literatura. **U**

Texto leído con motivo del homenaje a Felipe Garrido organizado por el Centro de Enseñanza para Extranjeros de la UNAM, el 24 de febrero de 2016.